

—Hoy viene esa maestra de Acton —dijo la señorita Sophia Gill—. He decidido ponerla en la cámara sudoeste.

Amanda miró a su hermana con una expresión que mezclaba duda y terror.

—No supondrás que ella...

—¿Qué? —exigió Sophia bruscamente.

Ambas estaban por debajo de la estatura media y eran robustas, pero Sophia era firme donde Amanda era fofa. Amanda vestía una muselina vieja y holgada (era un día caluroso) y Sophia estaba ataviada sin concesiones con una batista almidonada y deshuesada sobre su alta figura.

—Nada, pero tal vez ella se opongá a dormir en esa habitación, ya que la tía Harriet murió allí hace poco —titubeó Amanda.

—Bueno —dijo Sophia—, si vas a elegir habitaciones donde nadie haya muerto, estarás en dificultades. No creo que haya una habitación o una cama en esta casa en la que alguien no haya fallecido. Creo que será mejor que vayas a ver si se ha depositado polvo en algo desde que se limpió, y abres las ventanas del oeste y dejes que entre el sol, mientras yo me ocupo de ese pastel.

Amanda fue a hacer sus tareas en la cámara suroeste.

Nadie sabía cómo esta anciana con la imaginación libre de trabas de un niño temía entrar en la cámara sudoeste. Ella había ocupado habitaciones que una vez habían sido ocupadas por personas ahora muertas, pero esto era diferente. Entró y el corazón le latía con fuerza en los oídos. Sus manos estaban frías. La habitación era muy grande. Las cuatro ventanas estaban cerradas, las persianas también. La habitación estaba cubierta por una película de penumbra verde. Los muebles asomaban vagamente. La colcha blanca de la cama parecía una página en blanco.

Amanda cruzó la habitación, abrió una de las ventanas y echó hacia atrás la persiana. Entonces la habitación se reveló como un departamento en un estado envejecido y gastado, pero no menos vigente. Trozos de caoba vieja se hincharon; una cretona con dibujos de pavos reales cubría el armazón de la cama.

La puerta del armario estaba entreabierta. Hubo un atisbo de cortinas moradas

flotando desde una clavija en el interior. Amanda cruzó y tomó la prenda que colgaba allí. Se preguntó cómo su hermana la había dejado cuando limpió la habitación. Era un viejo vestido suelto que había pertenecido a su tía. Lo bajó temblando y cerró la puerta del armario después de una temerosa mirada a sus oscuras profundidades. Era un armario largo con un fuerte olor a apio de monte. La tía Harriet tenía la costumbre de comer apio de monte y lo llevaba constantemente en el bolsillo.

Amanda recibió el olor con un sobresalto como si estuviera ante una presencia real. Siempre estaba consciente de esta fragancia de apio de monte mientras ordenaba la habitación. Extendió toallas limpias sobre el lavabo y la cómoda. Hizo la cama. Entonces pensó en tomar el vestido morado y llevarlo a la buhardilla, ponerlo en el baúl con las demás prendas del guardarropa de la muerta; pero el vestido morado ya no estaba.

Amanda Gill no era una mujer de fuertes convicciones, ni siquiera en sus propias acciones. Pensó que posiblemente se había equivocado y no lo había sacado del armario. Miró hacia la puerta del armario y vio con sorpresa que estaba abierta, y pensó que la había cerrado, pero al instante no estuvo segura de eso. Así que entró en el armario y buscó el vestido morado. ¡No estaba allí!

Amanda Gill salió débilmente del armario y volvió a mirar el sillón. ¡El vestido morado no estaba allí! Miró salvajemente alrededor de la habitación. Se puso de rodillas y miró debajo de la cama, abrió los cajones de la cómoda, volvió a mirar en el armario. Luego se paró en medio del piso y casi se retorció las manos.

Hay un límite en el que la autorrefutación debe detenerse en cualquier persona cuerda. Amanda Gill lo había alcanzado. Sabía que había visto ese vestido morado en el armario; sabía que lo había quitado y lo había puesto en el sillón. También sabía que no lo había sacado de la habitación. Entonces se le ocurrió la idea de que su hermana Sophia podría haber entrado en la habitación sin ser observada mientras ella estaba de espaldas. Una sensación de alivio se apoderó de ella. Su sangre parecía fluir de nuevo por sus canales habituales; la tensión de sus nervios se relajó.

—¡Qué tonta soy! — dijo en voz alta.

Salió corriendo y bajó las escaleras a la cocina donde Sophia estaba haciendo un pastel, revolviendo con espléndidos movimientos circulares una cuchara de madera sobre una masa amarilla cremosa. Sophia levantó la vista cuando entró su hermana.

—¿Ya terminaste? — dijo.

—Sí —respondió Amanda.

Entonces vaciló. Un terror repentino se apoderó de ella. No parecía probable que

Sophia hubiera dejado ni por un segundo la mezcla espumosa del pastel para ir a la habitación de la tía Harriet y llevarse el vestido morado.

—¿Subiste a la habitación de la tía Harriet mientras yo estaba allí? —preguntó débilmente.

—Por supuesto que no. ¿Por qué?

—Por nada —respondió Amanda.

De repente se dio cuenta de que no podía contarle a su hermana lo que había sucedido. Sabía lo que diría Sophia. Se dejó caer en una silla y comenzó a desgranar los frijoles con dedos inertes.

Durante la siguiente hora o dos, las mujeres estuvieron muy ocupadas. No tenían sirviente. Cuando tomaron posesión de este hermoso lugar por la muerte de su tía, pareció una bendición dudosa. No había ni un centavo para pagar las reparaciones, los impuestos y el seguro. Años antes había habido una división en la antigua familia Ackley. Una de las hijas se había casado en contra de la voluntad de su madre y había sido desheredada. Se había casado con un hombre pobre llamado Gill, y compartió su humilde suerte a la vista de su antiguo hogar y su hermana y madre viviendo en la prosperidad, hasta que tuvo tres hijas; luego murió, agotada por el exceso de trabajo y la preocupación.

La madre y la hermana mayor habían sido despiadadas hasta el final. Ninguna le había hablado desde que salió de su casa la noche de su matrimonio. Eran mujeres duras. Las tres hijas de la hermana desheredada habían vivido vidas tranquilas y pobres pero no necesitadas. Jane, la hija del medio, se había casado y murió en menos de un año. Amanda y Sophia se habían llevado a la niña que dejó cuando el padre se volvió a casar. Sophia había enseñado en una escuela primaria durante muchos años; había ahorrado lo suficiente para comprar la casita en la que vivían. Amanda había tejido encajes, bordado franela, confeccionado arreglos y alfileteros, y ahora, al final de su mediana edad, había llegado la muerte de la tía con la que nunca habían hablado, aunque la habían visto a menudo en la antigua mansión Ackley hasta que cumplió más de ochenta años. No hubo testamento, y ellas eran las únicas herederas, a excepción de la joven Flora Scott, la hija de la hermana muerta.

Sophia había decidido rápidamente lo que se iba a hacer. La pequeña casa iba a ser vendida, y ellas iban a mudarse a la vieja casa Ackley y tomar huéspedes para pagar su mantenimiento. Exploró la idea de venderla. Tenía un enorme orgullo familiar. Sophia y Amanda Gill habían estado viviendo en la vieja casa de los Ackley durante quince días y tenían tres huéspedes: una viuda anciana con ingresos cómodos, un joven clérigo congregacionista y la mujer soltera de mediana edad que estaba a cargo de la biblioteca del pueblo. Ahora se esperaba para el verano a la maestra de

escuela de Acton, la señorita Louisa Stark.

Flora, su sobrina, era una muchacha muy amable, bastante bonita, con grandes ojos azules, una boca que rara vez sonreía y cabello liso y rubio. Era delicada y muy joven: dieciséis en su próximo cumpleaños. Llegó pronto con sus paquetes de azúcar y té de la tienda de comestibles. Entró gravemente en la cocina y los depositó sobre la mesa junto a la cual estaba sentada su tía Amanda, cortando habichuelas. Flora llevaba un obsoleto sombrero de paja negra con forma de turbante que había pertenecido a la tía muerta; se lo colocó alto como una corona, revelando su frente. Su vestido era un antiguo estampado morado y blanco, demasiado largo y demasiado grande, excepto sobre el pecho, donde la sujetaba como un chaleco recto.

—Flora —dijo Sophia—, sube a la habitación que fue de tu tía abuela Harriet, toma la jarra de agua del lavabo y llénala con agua.

—¿A esa cámara? —preguntó Flora. Su rostro cambió un poco.

—Sí, a esa cámara —respondió bruscamente su tía Sophia.

Flora fue. Muy pronto regresó con la jarra de agua azul y blanca y la llenó con cuidado en el fregadero de la cocina.

—Ahora ten cuidado y no la derrames —dijo Sophia mientras salía de la habitación llevándolo con cautela.

Entonces se vio la diligencia del pueblo conduciendo hacia el frente de la casa, que estaba en una esquina.

—Amanda, te ves mejor que yo, ve a recibirla —dijo Sophia—. Llévala directamente a su habitación.

Amanda se quitó el delantal a toda prisa y obedeció. Sophia se apresuró con su pastel. Acababa de ponerlo en el horno cuando se abrió la puerta y entró Flora con la jarra de agua azul.

—¿Para qué vas a bajar ese cántaro otra vez? —preguntó Sofía.

—Ella quiere un poco de agua, y la tía Amanda me envió —respondió Flora.

—¡Por el bien de la tierra! ¿Ha usado todo ese cántaro tan rápido?

—No había nada de agua en él —respondió Flora.

Su frente alta e infantil se contrajo ligeramente en un gesto desconcertado mientras

miraba a su tía.

—¿No te vi llenando la jarra con agua hace menos de diez minutos?

—Sí, señora.

—Déjame ver ese cántaro.

Sophia examinó la jarra. Estaba perfectamente seca de arriba a abajo, e incluso un poco polvorienta. Se volvió severamente hacia la joven.

—Eso demuestra —dijo—, que no llenaste el cántaro en absoluto. Dejaste correr el agua a un lado porque no querías llevarla arriba. Estoy avergonzada de ti. Ya es bastante malo ser flojo, ¡pero cuando se trata de no decir la verdad!

El rostro de la joven se transformó de repente en una lamentable confusión y sus ojos azules se empañaron de lágrimas.

—Llené la jarra, honestamente —vaciló—. Pregúntele a la tía Amanda.

—No le preguntaré a nadie. El agua no se evapora tan rápido, y tampoco deja la jarra llena de polvo por dentro. Ahora llena esa jarra rápido y llévala arriba. Si derramas una gota habrá algo más que hablar.

Flora llenó la jarra, con las lágrimas cayendo por sus mejillas. Lloriqueó suavemente mientras salía, balanceándola cuidadosamente contra su delgada cadera. Sophia la siguió escaleras arriba hasta la cámara donde la señorita Louisa Stark esperaba que el agua le quitara la suciedad del viaje.

Louisa Stark era robusta y de constitución sólida. Era una mujer habituada al mando tras años de enseñanza en la escuela. Llevaba su cuerpo hinchado con majestad; incluso su rostro, húmedo y enrojecido por el calor, no perdió nada de dignidad. Estaba de pie con un aire que daba el efecto de estar sobre una elevación. Se volvió cuando entraron Sophia y Flora con el cántaro de agua.

—Esta es mi hermana Sophia —dijo Amanda, trémulamente.

Sophia avanzó, estrechó la mano de la señorita Stark, le dio la bienvenida y esperó que le gustara su habitación. Luego se movió hacia el armario.

—Hay un armario grande y bonito en esta habitación —dijo, luego se detuvo en seco.

La puerta del armario estaba entreabierta, y una prenda morada pareció oscilar repentinamente a la vista como impulsada por algún viento.

—¿Por qué todavía hay cosas en este armario? —preguntó Sophia en un tono mortificado.

Bajó la prenda de un tirón y, al hacerlo, Amanda pasó junto a ella en una débil carrera hacia la puerta.

—Me temo que tu hermana no se siente bien —dijo la maestra de escuela de Acton—. Puede que se vaya a desmayar.

—Ella no es proclive a los desmayos —respondió Sophia, pero siguió a Amanda.

La encontró en la habitación que ocupaban juntas, acostada en la cama, muy pálida y jadeante.

—Amanda, ¿qué te pasa? ¿No te sientes bien? —preguntó.

—Me siento un poco débil.

Sophia tomó una botella de alcanfor y comenzó a frotar la frente de su hermana.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Amanda asintió.

—Supongo que si te sientes mejor, llevaré ese vestido de la tía Harriet a la buhardilla.

Sophia se apresuró a salir, pero pronto regresó.

—Quiero saber —dijo, mirando aguda y rápidamente a su alrededor—, si traje ese vestido púrpura aquí. No está en esa habitación, ni en el armario. No estarás acostada sobre él, ¿verdad?

—Me acosté antes de que entraras —respondió Amanda.

—Bueno, iré y miraré de nuevo.

En ese momento, Amanda oyó los pesados pasos de su hermana en las escaleras del desván. Luego volvió con una extraña expresión desafiante en el rostro.

—Lo llevé a la buhardilla y lo puse en el baúl —dijo—. Supongo que tu desmayo me hizo olvidarlo.

La boca de Sophia estaba tensa; sus ojos en el rostro asustado y agitado de su

hermana estaban llenos de un duro desafío.

—Debo bajar y ocuparme de ese pastel —dijo, saliendo de la habitación—. Si no te sientes bien golpea el suelo con el paraguas.

Amanda la cuidó. Sabía que Sophia no había puesto el vestido morado de su tía muerta Harriet en el baúl de la buhardilla.

Mientras tanto, la señorita Louisa Stark se acomodaba en la cámara sudoeste. Desempacó su baúl y colgó sus vestidos con cuidado en el armario. Era una mujer muy puntillosa. Se puso un vestido negro de seda india con flores moradas. Se prendió la puntilla al cuello con un broche, muy bonito, aunque algo anticuado, un racimo de uvas perladas sobre ónix negro, engastado en filigrana de oro.

Mientras se contemplaba a sí misma en el pequeño espejo abatible que coronaba la antigua cómoda de caoba, de repente se inclinó hacia adelante y miró de cerca el broche. En lugar del familiar racimo de uvas perladas sobre el ónix negro, vio un mechón de pelo rubio y negro bajo un cristal rodeado por un borde de oro retorcido. Sintió un escalofrío de horror. Se quitó el broche, y era el suyo, las uvas perladas y el ónix.

—Qué tonta soy —pensó.

Se metió el alfiler en el encaje del cuello y volvió a mirarse en el espejo, y allí estaba de nuevo: el mechón de pelo rubio y negro y el oro retorcido.

Louisa Stark miró su propio rostro grande y firme sobre el broche y estaba lleno de terror y consternación, sentimientos que eran nuevos para ella. Inmediatamente comenzó a preguntarse si podría estar perdiendo la cordura. Recordó que una tía de su madre había estado loca. Una especie de furia consigo misma la poseía. Miró el broche en el espejo con ojos a la vez enojados y aterrorizados. Luego se lo quitó y, de nuevo, allí estaba su viejo broche. Finalmente volvió a clavar el alfiler en el encaje, lo abrochó y, volviéndose desafiante hacia el espejo, bajó a cenar.

En la mesa se reunió con los demás huéspedes. Miró a la anciana viuda con reserva, al clérigo con respeto, a la bibliotecaria de mediana edad con recelo. Esta última vestía una camisa de cintura muy juvenil y su cabello a la moda de una niña. La maestra tensaba su pelo severamente desde las raíces en la nuca hasta el pequeño y suave bucle en la parte superior.

La bibliotecaria, que tenía modales rápidos, se dirigió a ella.

—¿En qué habitación está, señorita Stark? —preguntó.

—No sé cómo designarla —respondió la señorita Stark con rigidez.

La bibliotecaria, cuyo nombre era Eliza Lippincott, se volvió bruscamente hacia la señorita Amanda Gill, sobre cuyo rostro delicado se asomaba un curioso tono compuesto de rubor y palidez.

—¿En qué habitación murió su tía, señorita Amanda? —preguntó la bibliotecaria.

Amanda miró aterrorizada a su hermana, que estaba sirviendo un segundo plato de budín para el ministro.

—En esa habitación —respondió débilmente.

—Eso es lo que pensé —dijo la bibliotecaria con cierto aire triunfal—. Calculé que esa debe ser la habitación en la que ella murió porque es la mejor habitación de la casa, y no has puesto a nadie en ella antes. De alguna manera, la habitación en la que alguien ha muerto recientemente suele ser la última en ocuparse.

El joven ministro levantó la vista de su budín. Era muy espiritual, pero había tenido malas experiencias en sus alojamientos anteriores, y no pudo evitar un cierto disfrute abstracto con la comida de la señorita Gill.

—Sin duda, señorita Lippincott —observó con su inflexión suave, casi acariciante—, no crea ni por un minuto que un poder superior permitiría cualquier manifestación por parte de un espíritu incorpóreo para hacer daño a uno de Sus siervos.

—Oh, señor Dunn, por supuesto que no creo eso —respondió Eliza Lippincott, sonrojándose—. Por supuesto que no. Nunca quise insinuar que...

—Por supuesto que la querida señorita Harriet Gill era una cristiana profesante —comentó la viuda—, y no creo que una cristiana profesante regresara y asustara a la gente si pudiera. No tendría miedo de dormir en la habitación. Prefiero esa y no la que tengo.

Luego se volvió hacia la señorita Stark.

—Si te sientes asustada en esa habitación, estoy lista y dispuesta a cambiar contigo —dijo.

—Gracias. No tengo ningún deseo de cambiar. Estoy perfectamente satisfecha con mi habitación —respondió la señorita Stark con una dignidad helada.

La señorita Louisa Stark no se sentó en el salón con los demás huéspedes después de la cena. Fue directamente a su habitación. Se sentía cansada después de su viaje, y

meditó en escribir algunas cartas en silencio antes de irse a la cama. Cuando entró en la cámara sudoeste vio contra el papel tapiz, que daba directamente a la puerta, su mejor vestido de satén negro colgando sobre un cuadro.

—Eso es muy extraño —se dijo a sí misma, y un escalofrío de vago horror la invadió.

Sabía, o creía saber, que había guardado ese vestido de raso negro a la cintura muy bien doblado entre toallas en su baúl. Lo quitó y lo extendió sobre la cama como preparación para doblarlo, pero cuando intentó hacerlo descubrió que las dos mangas estaban firmemente cosidas.

—¿Qué significa esto? —se preguntó a sí misma.

Examinó la costura cuidadosamente; las puntadas eran pequeñas, uniformes y firmes, de seda negra. Ella se movió hacia la puerta. Por un momento pensó que se trataba de algo legítimo, sobre lo cual podría exigir información; luego vaciló. Supongamos que ella misma hubiera hecho esta cosa absurda, o supongamos que no lo hubiera hecho, ¿qué impediría que los demás pensaran así, qué impediría que se arrojara una duda sobre su propia memoria y capacidad de razonamiento?

Louisa Stark estaba al borde de un ataque de nervios a pesar de su constitución de hierro y su gran fuerza de voluntad. Ninguna mujer puede enseñar en la escuela durante cuarenta años con absoluta impunidad. Era más crédula en cuanto a sus posibles defectos que nunca en toda su vida. Estaba fría de horror, sin embargo no tanto de lo sobrenatural como de sí misma. La debilidad de creer en lo sobrenatural era casi imposible para esta fuerte naturaleza. Podía creer más fácilmente en sus propios poderes fallidos.

Se dirigió hacia el espejo para desabrocharse el vestido, entonces recordó la extraña circunstancia del broche y se detuvo en seco. Luego se enderezó, desafiante, se acercó a la cómoda y se miró en el espejo. Vio reflejado en él, abrochando el cordón en su cuello, la cosa pasada de moda de un gran óvalo, un moño de cabello rubio y negro engastado en un borde de oro retorcido. Lo desabrochó con dedos temblorosos y lo miró. Era su propio broche, el racimo de uvas perladas sobre ónix negro.

Louisa Stark colocó la baratija en su cajita rosa y la guardó en el cajón de la cómoda. Sólo la muerte podía perturbar su hábito del orden. Tenía los dedos tan fríos que los sintió entumecidos cuando se desabrochó el vestido; se tambaleó cuando se lo pasó por la cabeza. Fue al armario a colgarlo y retrocedió. Un fuerte olor a apio le llegó a la nariz, un vestido púrpura cerca de la puerta se balanceaba suavemente contra su rostro como impulsado por un viento desde adentro. Todas las perchas estaban llenas de prendas que no eran de ella, la mayoría de color negro sombrío.

De repente, Louisa Stark recuperó los nervios. Esto, se dijo a sí misma, era algo

claramente tangible. Alguien se había estado tomando libertades con su guardarropa. Alguien había estado colgando la ropa de otra persona en su armario. Rápidamente se puso el vestido de nuevo y bajó las escaleras. Encontró a Sophia Gill de pie junto a la mesa de la cocina amasando con dignidad.

—Señorita Gill —dijo la señorita Stark, con sus modales de maestra de escuela—, deseo preguntarle por qué ha sacado mi ropa del armario de mi habitación y la ha sustituido por otra.

Sophia Gill se puso de pie, con la mano clavada en la masa, mirándola. Su propio rostro palideció lentamente, su boca se puso rígida.

—Iré arriba con usted, señorita Stark —dijo—, y veré cuál es el problema —hablaba rígidamente, con cortesía restringida.

Sophia y Louisa Stark subieron a la cámara sudoeste. La puerta del armario estaba cerrada.

Sophia la abrió y luego miró a la señorita Stark. En las perchas colgaban ordenadamente las prendas de la maestra.

—No veo que haya nada malo —comentó Sophia con gravedad.

La señorita Stark se hundió en la silla más cercana. Vio su propia ropa en el armario. Sabía que no había habido tiempo para que ningún ser humano quitara los vestidos que creía haber visto y pusiera los suyos en su lugar. Sabía que era imposible. Una vez más, el terrible horror de sí misma la abrumó.

Murmuró algo, apenas sabía qué. Entonces Sophia salió de la habitación. Por la mañana, la señorita Stark no bajó a desayunar y se fue antes del mediodía.

Inmediatamente, la viuda, doña Elvira Simmons, se enteró que la maestra se había ido, y que el cuarto sudoeste estaba vacío, rogó que se lo cambiaran por el suyo. Sofía dudó un momento.

—No tengo objeciones, señora Simmons —dijo ella—, si...

—¿Si qué? —preguntó la viuda.

—Si tiene suficiente sentido común para no seguir quejándose de que la habitación es donde murió mi tía —dijo Sophia sin rodeos.

—¡Tonterías! —dijo la viuda.

Esa misma tarde se mudó a la cámara sudoeste. La viuda se mostraba abiertamente triunfante sobre su nueva habitación. Habló mucho de ello durante la cena.

—¿Está segura de que no tiene miedo de los fantasmas? —dijo la bibliotecaria—. No dormiría en esa habitación después de... —se controló a sí misma, con un ojo en el ministro.

—¿Después de qué? —preguntó la viuda.

—Nada —respondió Eliza Lippincott avergonzada.

—Viste u escuchaste algo. ¿Qué fue? ¿Quiero saberlo? —dijo la viuda aquella noche, en confianza, cuando estaban solas en la sala. El ministro había ido a hacer una llamada.

—Bueno —dijo Eliza, vacilante—, si me prometes que no lo dirás.

—Sí, lo prometo, ¿qué fue?

—Bueno, la semana pasada, justo antes de que viniera la maestra, entré a esa habitación para ver por las ventanas si había nubes. Quería ponerme mi vestido gris y tenía miedo de que lloviera, entonces mira el cielo en todos los puntos y... ¿Conoces el papel tapiz? ¿Qué patrón dirías que tiene?

—Vaya, pavos reales sobre un fondo azul. Buen material, no creo que nadie que lo haya visto lo olvide.

—Bueno, cuando entré allí esa tarde no había pavos reales sobre un fondo azul; eran grandes rosas rojas sobre un fondo amarillo.

—¿La señorita Sophia lo cambió?

—No. Volví a entrar una hora más tarde y los pavos reales estaban allí.

La viuda la miró por un momento, luego comenzó a reír histéricamente.

—Bueno —ella—, supongo que no renunciaré a mi bonita habitación por una tontería como esa. Supongo que preferiría tener rosas rojas sobre un fondo amarillo que pavos reales sobre un fondo azul. Quizás confundiste los cuartos. ¿Cómo pudo haber sucedido tal cosa?

—No lo sé —dijo Eliza Lippincott—, pero sé que no dormiría en esa habitación aunque me dieran mil dólares.

Cuando la señora Simmons fue a la cámara sudoeste esa noche, echó un vistazo a la

colgadura de la cama. Estaban los pavos reales. Pensó con desdén en Eliza Lippincott. Pero justo antes de que la estuviera lista para meterse en la cama, volvió a mirar las cortinas y allí estaban las rosas rojas sobre el fondo amarillo. Miró larga y agudamente. Luego cruzó la habitación, dio la espalda a la cama y miró la noche desde la ventana del este. Estaba despejado y la luna llena acababa de salir. La vio un momento navegar sobre el azul oscuro en su nimbo de oro. Luego miró a su alrededor, a la pared. Todavía veía las rosas rojas sobre el suelo amarillo.

La señora Simmons fue golpeada en el punto más vulnerable. Esta aparente contradicción de lo razonable, tal como se manifiesta en algo tan común como el cretona de un tapiz de cama, afectó a esta mujer corriente y sin imaginación como ninguna apariencia fantasmal podría haberlo hecho. Aquellas rosas rojas sobre fondo amarillo eran para ella mucho más espantosas que cualquier figura extraña envuelta en una mortaja blanca.

Dio un paso hacia la puerta y luego se volvió con aire decidido.

—En cuanto a bajar las escaleras y admitir que tengo miedo, y soportar a esa chica Lippincott alardeando, no lo haré por ninguna rosa roja en lugar de pavos reales. Supongo que no pueden lastimarme. Además, no creo que ambas nos estemos volviendo locas —dijo.

La señora Elvira Simmons apagó la luz y se metió en la cama. Después de un rato se durmió. Pero se despertó alrededor de la medianoche con una extraña sensación en el cuello. Había soñado que alguien con largos dedos blancos la estrangulaba, y vio inclinado sobre ella el rostro de una anciana con un gorro blanco. Cuando despertó no había ninguna anciana, la habitación estaba casi tan iluminada como el día a la luz de la luna llena, y se veía muy tranquila; pero la sensación de estrangulamiento continuó. Además, su rostro y oídos se sentían amortiguados. Levantó la mano y sintió que su cabeza estaba cubierta con un gorro de dormir atado debajo de la barbilla con tanta fuerza que resultaba extremadamente incómodo. Un gran escalofrío de horror se apoderó de ella. Se arrancó la cosa frenéticamente y la arrojó con un esfuerzo convulsivo, como si fuera una araña. Saltó de la cama y se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo.

Se le ocurrió que Eliza Lippincott podría haber entrado en la habitación y atado la gorra mientras dormía. Luego trató de abrir la puerta, pero para su asombro descubrió que estaba cerrada por dentro.

—Debo haberla cerrado después de todo —reflexionó con asombro, porque nunca cerraba la puerta.

Fue hacia el lugar donde había tirado la gorra (la había pisado de camino a la puerta), pero no estaba allí. Buscó por toda la habitación, encendiendo la lámpara, pero no

pudo encontrarla. Finalmente se dio por vencida. Apagó la lámpara y volvió a la cama. Volvió a dormirse, para volver a despertarse de la misma manera. Esa vez se quitó la gorra como antes, pero no la arrojó al suelo. En cambio, la sostuvo con un agarre feroz.

Aferrándose a la endeble cosa blanca, saltó de la cama, corrió hacia la ventana que estaba abierta, deslizó la mosquitera y la arrojó; pero una ráfaga repentina de viento, aunque la noche estaba tranquila, se levantó y la envió de regreso a su cara. Trató de quitársela de encima pero de repente ya no volvió a verla. Examinó el piso, volvió a encender su lámpara y buscó, pero no había ni rastro.

La señora Simmons estaba tan furiosa que todo terror había desaparecido de ella. Estar desconcertada de esta manera y ser resistida por algo que no era nada para sus sentidos aguzados la llenó del más intenso resentimiento.

Finalmente volvió a meterse en la cama; no para dormir. Se sentía extrañamente somnolienta, pero luchó contra eso. Estaba completamente despierta, contemplando la luz de la luna, cuando de repente sintió que los suaves hilos blancos de la cosa se apretaban alrededor de su cuello y de que su enemiga estaba de nuevo sobre ella. Agarró las cuerdas, las desató, se quitó la gorra, corrió con ella hasta la mesa donde estaban sus tijeras y furiosamente la cortó en pedacitos. Cortó y desgarró, sintiendo una loca furia de gratificación.

Echó los trozos de muselina en una cesta y volvió a la cama. Casi de inmediato sintió que las suaves cuerdas se apretaban alrededor de su cuello.

Entonces, por fin, se rindió. Esta nueva refutación de las leyes de la razón que gobernaban su vida fue demasiado para su equilibrio. Tiró débilmente de los hilos, se quitó la cosa de la cabeza, se deslizó débilmente fuera de la cama, recogió su bata y salió corriendo de la habitación. Recorrió sin hacer ruido el pasillo hasta su antiguo cuarto, entró, se metió en su cama familiar y se quedó allí el resto de la noche, temblando y escuchando. Si por casualidad se dormía, despertaba sobresaltada al sentir la presión sobre su cuello.

Bajó a desayunar a la mañana siguiente con el rostro imperturbable. Cuando Eliza Lippincott le preguntó cómo había dormido, respondió con calma. Dijo que no había dormido bien porque no pudo acostumbrarse a la cama, y que volvería a su antigua habitación. Eliza Lippincott no se dejó engañar, sin embargo, tampoco las hermanas Gill, ni la joven Flora. Eliza Lippincott habló sin rodeos.

—No es necesario que me hables de dormir bien —dijo—. Sé que algo extraño sucedió en esa habitación por la forma en que actúas.

Todos miraron inquisitivamente a la señora Simmons: la bibliotecaria con maliciosa

curiosidad y triunfo, el ministro con triste incredulidad, Sophia Gill con miedo e indignación, Amanda y la joven con puro terror. La viuda se portó con dignidad.

—No vi ni escuché nada que, confío, no pudiera haber sido explicado de alguna manera racional —dijo ella.

—¿Qué era? —insistió Eliza Lippincott.

—No deseo discutir más el asunto —respondió la señora Simmons.

Siguió comiendo. Sintió que moriría antes de confesar la absurdidad espantosa de ese gorro de dormir, o haber sido perturbada por el vuelo de los pavos reales en un campo azul. Dejó todo el asunto en términos tan vagos que, en cierto modo, pareció ser la dueña de la situación.

Esa tarde, el joven ministro, John Dunn, fue a ver a Sophia Gill y solicitó permiso para ocupar la cámara sudoeste esa noche.

—No pido que trasladen mis efectos allí —dijo—, pues difícilmente podría permitirme una habitación tan superior a la que ahora ocupo, pero me gustaría dormir allí esta noche con el propósito de refutar en mi propia persona cualquier desafortunada superstición que haya echado raíces aquí.

Sophia Gill agradeció al ministro y aceptó con entusiasmo su oferta.

Esa noche, alrededor de las doce, John Dunn se fue a la cama en la cámara sudoeste. Había estado sentado hasta esa hora preparando su sermón.

Atravesó el salón con una pequeña lámpara de noche en la mano; abrió la puerta de la cámara y trató de entrar. Bien podría haber intentado atravesar una pared. Podía mirar dentro de la habitación, llena de luces suaves y sombras bajo la luz de la luna que entraba a raudales por las ventanas; podía ver la cama en la que esperaba pasar la noche, pero no podía entrar. Cada vez que se esforzaba por hacerlo tenía una curiosa sensación, como si estuviera tratando de presionar a una persona invisible que lo enfrentaba con una fuerza de oposición imposible de vencer. El ministro no era un hombre atlético, pero tenía una fuerza considerable. Cuadró los codos, apretó la boca con fuerza y se esforzó por abrirse paso a través de la habitación. La oposición que encontró fue tan severa y silenciosamente terrible como la solidez rocosa de una montaña.

Durante media hora, John Dunn, dudando, furioso, abrumado por la agonía espiritual en cuanto al estado de su propia alma más que por el miedo, se esforzó por entrar en la cámara sudoeste. Simplemente era impotente contra este extraño obstáculo. Finalmente, el horror se apoderó de él. Era un hombre nervioso y muy joven. Casi

huyó a su propia habitación y se encerró como una niña aterrorizada.

A la mañana siguiente fue a ver a la señorita Gill y le contó francamente lo que había sucedido.

—No sé qué es, señorita Sophia —dijo—, pero creo firmemente, contra mi voluntad, que en esa habitación hay algún poder maligno del cual la fe y la ciencia moderna no saben nada.

La señorita Sophia Gill escuchó con el rostro ensombrecido.

—Creo que yo misma dormiré en esa habitación esta noche —dijo cuando el ministro hubo terminado.

Había ocasiones en que la señorita Sophia Gill podía mostrarse majestuosa, y entonces lo hizo.

Eran las diez de la noche cuando entró en la cámara sudoeste. Le había dicho a su hermana lo que pensaba hacer y había sido resistente a sus súplicas. Sophia le pidió a Amanda que no se lo dijera a la joven Flora.

—No sirve de nada asustar a esa niña —dijo Sophia.

Cuando entró en la cámara suroeste, Sophia colocó la lámpara que llevaba sobre la cómoda y comenzó a moverse por la habitación, bajando las cortinas, quitando la bonita colcha blanca de la cama y preparándose para pasar la noche.

Mientras lo hacía, moviéndose con gran frialdad y deliberación, se dio cuenta de que estaba pensando pensamientos que le eran extraños. Empezó a recordar lo que no podía haber recordado, ya que no había nacido entonces: el problema del matrimonio de su madre, la amarga oposición, cerrarle la puerta, aislarla de corazón y de hogar. Se dio cuenta de una singularísima sensación de amargo resentimiento, y no contra la madre y la hermana que habían tratado así a su propia madre, sino contra su propia madre, y luego se dio cuenta de una amargura similar extendida hacia sí misma.

Se sentía maligna hacia su madre cuando era niña, a quien recordaba, y hacia sí misma, hacia su Amanda y Flora. Sugestiones malévolas surgieron en su cerebro, sugerencias que convirtieron su corazón en piedra y que la fascinaban. Y todo el tiempo, por una especie de doble conciencia, sabía que lo que pensaba era extraño y no debido a su propia voluntad. Sabía que estaba pensando los pensamientos de otra persona, y sabía de quién. Se sintió poseída.

Pero había una fuerza tremenda en la naturaleza de Sophia. Ella había heredado la fuerza para la autoafirmación de sus antepasados. Habían vuelto sus propias armas

contra ellos mismos. Hizo un esfuerzo que pareció más que humano, y fue consciente de que la horrible cosa se había ido. Volvió a pensar sus propios pensamientos. Luego exploró para sí misma la idea de algo sobrenatural acerca de la terrible experiencia.

—Lo estoy imaginando todo —se dijo a sí misma.

Siguió con sus preparativos, tomando un pañuelo para limpiarse la cara. Se miró en el espejo y vio, en lugar de su propio rostro, de mediana edad y agradable a la vista, con su expresión de una vida de honestidad y buena voluntad hacia los demás, y paciencia ante las pruebas, el rostro de una mujer muy anciana con el ceño fruncido para siempre con incesante odio y miseria hacia sí misma y hacia todos los demás, hacia la vida y la muerte, hacia lo que había sido y lo que estaba por venir. Vio, en lugar de su propio rostro en el espejo, el rostro de su difunta tía Harriet, ¡sobre sus propios hombros con su propio y conocido vestido!

Sophia Gill salió de la habitación. Entró en el que compartía con su hermana. Amanda levantó la vista y la vio allí de pie con el pañuelo pegado a la cara.

—Oh, Sophia, déjame llamar a alguien. ¿Te duele la cara? Sophia, ¿qué te pasó en la cara? —casi chilló Amanda.

De repente, Sophia se quitó el pañuelo de la cara.

—Mírame, Amanda Gill —dijo.

Amanda miró, encogiéndose.

—¿Qué pasa? Oh, ¿qué pasa? No pareces herida. ¿Qué pasa, Sophia?

—¿Que ves?

—Te veo a ti.

—¿A mí?

—Sí. ¿Qué creías que vería?

Sophia Gill miró a su hermana.

—Mientras viva, nunca te diré lo que pensé que verías, y nunca debes preguntármelo —dijo—. Voy a vender esta casa.